

# Constructivismo Días de escuela

María Isabel Castro  
Licenciada en Artística

Conceptos abordados: relación dialógica, alumno activo constructor de su propio aprendizaje, tutorías entre iguales, aprendizajes previos, cooperación guiada, inteligencias múltiples, experiencia cristalizadora, andamiaje, zona de desarrollo próximo, aprendizaje significativo, aprendizaje significativo.

Diez de la mañana, un cielo de envidia, algo de café y la mirada puesta en los pupitres vacíos. El salón y ella, solos, podían hablar perfectamente de lo que pasaba. Siempre con su optimismo habitual desataba una que otra palabra...

—Así, isí! Sé que estará bien... —Tomó el café y se paró con la intención de recostarse en una de las ventanas. Observó a Miguel, a Sara, Matías... observaba sus juegos inventados, sus caras de risa y lo poderosamente descomplicados que eran.

Pasó su vista por casi todos los que se encontraban en el patio y comenzó a buscar a Pablo. Salió entonces del salón y observó agudamente en los pasillos, de nuevo en el patio, en los otros salones... “¡El baño!”, pensó en voz alta la maestra. Un chico de cuarto alcanzó a escucharla, le señaló su ubicación algo contrariado. La maestra lo miró y asintió.

—Pablo... ¡Pablo! Ya hemos hablado de esto, ¿por qué otra vez?

Del otro lado de la puerta no se escuchaba respuesta alguna.

—Pablo, isal!, la señorita Carmen va a saber que estás acá nuevamente y van a expulsarte!

El silencio seguía reinando.

—Te acompaño entonces. La maestra suspiró y se sentó en uno de los bordes del lavamanos.

Al cabo de un rato Pablo abrió la puerta, fue hacia la maestra y se quedó estático, lleno de rojo en la cara por llorar.

—No quiero irme, mamá me mataría... —susurró entre dientes el chico.

La maestra se incorporó, luego se agachó para poder verlo mejor.

—No vas a irte si confías en mí, pero necesito que no te metas más aquí y que te sigas quedando después de clases para avanzar en los temas de lengua y matemática.

Pablo asintió, al tiempo que sacaba un pastelito que traía guardado en el bolsillo. Al instante sonó el timbre.

—Ok, chicos. Sacamos los pinceles, las hojas y las lanas, si alguno trajo telas o más decoración las puede usar. Hacemos un óvalo sin dejar a ninguno por fuera.

—Quiero comenzar con una pregunta sobre el agua... ¿para qué nos sirve?

—Para bañarnos, ¡para comer!, para hacer alimentos, para refrescarnos cuando tenemos sed... —Varias respuestas se dejaron venir al tiempo.

—¡Muy bien! —La maestra se alegró por la serie de respuestas—. Ahora quiero que entiendan muy bien lo que les voy a decir, para ello son necesarias dos cosas: ¿cuáles son?

—Silencio y atención. —Los pequeños alzaron la voz casi al unísono.

—Bien, el agua para estarse manteniendo en nuestras vidas realiza un ciclo, un proceso de transformación que ayuda a que esté fresca y pura para los seres vivos. Vemos por ejemplo que puede presentarse de maneras diferentes, por ejemplo el hielo, la lluvia, la nieve...

La maestra seguía explicando, pero Pablo permanecía distraído.

—Entonces, cuando el agua se evapora se convierte en...

—¡Nubes! —gritaron los niños.

—Cuando esas nubes se chocan suceden los... ¡Rayos! Y aparecen las gotas de agua.

La maestra explicaba y escuchaba a los estudiantes sacar las ideas desde lo que sabían y entendían.

—¡Profe!, ¿ahora qué haremos con las pinturas?

—Buena pregunta, Sarita, con estos materiales haremos uno de los estados del agua que más nos haya llamado la atención, para luego compartirlo con nuestros compañeros. Podemos dibujar, rayar, cortar, construir, pero la condición es que sea una de las formas en las que se convierte el agua.

Pablo seguía retraído, aburrido.

—Vale, ¿qué pasa?... —La maestra lo cogió del hombro suavemente y lo miró a los ojos.

—No entiendo, no quiero nada porque no entiendo.

La maestra se paró y llamó a Sara.

—Tengo una misión contigo: realiza tu trabajo junto con Pablo, pero antes explícale un poco de lo que entendiste de esta clase.

Comenzaron la actividad, cada niño realizaba sus obras, Sara y Pablo seguían pensando lo que harían, sin mucha motivación, claro; sin embargo, Sarita trataba de mostrarle diferentes opciones y ejemplos para que él escogiera.

La maestra observaba las reacciones de los estudiantes, sus intervenciones en la realización de los trabajos y cómo iban tomando forma; pero Pablo aún no conseguía nada. Ella lo llamó y lo invitó a que salieran un momento.

—Yo no sirvo para estudiar, ¿verdad? ¡Soy un bruto! —gritó Pablo y rompió en llanto.

La maestra lo miraba serenamente.

—¿Quién te lo dijo? ¡Mírame, Pablo!, ¿quién te dijo eso?

No había respuesta. Al cabo de un rato susurró:

—Papá siempre me lo dice.

La maestra cerró los ojos y abrazó al chico.

—Nunca dejes que te corten.

—¿Qué? —preguntó el niño, secándose la cara.

—No dejes que te corten la sonrisa ni las ganas de aprender. Estás aquí para volar, no para vivir en una jaula. A partir de mañana harás el trabajo de manera diferente, me traerás en este frasco un pecesito. Cada día me traerás uno. Y escribirás algo que te llame la atención del pez y del agua.

—El niño dibujó una sonrisa y se fue corriendo.

—¡Buenos días, chicos!, hoy trabajaremos en parejas y veremos cómo hemos ido avanzando con nuestros trabajos. La idea de los pares es que nos ayudemos y expongamos cómo nos hemos sentido, corrijamos los defectos posibles y aclaremos dudas. Los iré llamando para mirar los trabajos y cómo todos podemos ayudarnos.

—Maestra, yo no soy bueno en esto. Siempre he sido muy malo para dibujar...

La maestra le pidió a Matías que se sentara. Luego dijo:

—Comprendo que los materiales que tienen son plásticos; sin embargo, aquí hay cantantes, escritores y bailarines, si pueden expresar uno de los estados del agua de estas otras formas, sería un gusto verlos.

En ese momento llegó Pablo con el pez en la jarrita que le había dado la maestra. Sus compañeros los observaban y se encariñaban con tan particular animalito. Pablo se lo llevó a la profe hasta el escritorio y esta lo puso al lado de la ventana.

—Muy bien, puedes comenzar a hacer tu trabajo. —La petición no estaba aún muy clara; sin embargo, Pablo asintió y comenzó a escribir.

Cuando Pablo escribía era como si le llegaran un montón de juguetes y estuviera deleitado con ellos, como si le ofrecieran una docena de golosinas y se perdiera en su sabor... no paraba de escribir, solo cuando clavaba los ojos en su lienzo de inspiración. Esto lo

sabía la maestra, y brindaba el espacio para que él se encontrara con la felicidad, tan lejana de él, de su realidad.

No importaba que Pablo se atrasara con respecto a los demás en temas y teorías que no iba a entender porque simplemente no le entraban como la escritura. Todo lo plasmaba en su manera poética, lo entendía desde la reflexión seria y callada. Bitácoras enteras de temas que se volaban, y un proceso particular, salido de parámetros institucionales.

Cada día, cuando Pablo no asimilaba un tema, la profe buscaba a alguien para que hablara con él de ese tema, y luego le pedía que escribiera qué pensaba. Se quedaban luego de clases para preparar las otras materias, especialmente matemáticas y lengua.

Prontamente se iba llenando la jarra de pececitos pequeños de colores que Pablo llevaba y con los cuales desarrollaba su trabajo. Pero un día Pablo se dirigió a la jarra y vio uno de los peces muerto. Corrió donde la maestra y le contó lo que pasaba.

—Sin llorar, vas a tratar de escribir qué fue lo que viste y las causas por las que crees que se dio esto.

Pablo comenzó a copiar su experiencia, los motivos por los cuales pensaba que el pez se encontraba en semejante condición...

Los otros peces lo mataron por rabia porque era muy lindo.

Uno de ellos le estripó la cola y él no pudo seguir nadando, así que el mismo peso de su cuerpo hizo que muriera.

El agua estaba contaminada y no había suficiente aire.

La comida estaba dañada...

Muchos ya habían terminado sus proyectos y los retocaban, o volvían a ellos para mirar qué tan bien habían quedado.

—Me ha gustado en gran medida lo que has escrito, ¿te gustaría hacer un pequeño guion para teatro que se relacione con este suceso?... Estaré a las cuatro todas las tardes, ya no para ver temas, sino para producir tu arte.

Pablo se quedó en silencio y volvió a dibujar una sonrisa.

Final de año escolar, presentación, grados segundo y tercero.

—Buenas noches, damas y caballeros, la comunidad docente y estudiantil está dichosa de tenerlos aquí para mostrarles los productos artísticos creados por los estudiantes de segundo y tercer grado. Esperamos que sean de su mayor agrado.

Mientras el coordinador terminaba la apertura, la maestra permanecía con los estudiantes detrás del telón, despachando los últimos retoques, aconsejando algunas voces fuertes y observando el guion principal.

—Maestra, tengo miedo, no creo ser capaz... Pablo la miraba petrificado.

—Si el miedo ocupa tu cabeza, no dejas espacio para tus sueños... Enfrentalo, imírale a la cara! Sonríele... porque él no sabe sonreír.

Comenzó el acto, los personajes listos, la escenografía perfecta, igual que la ambientación.

Un mar, un sol, un barco. Chicos y chicas de ruidos, de colores y hablando. ¿Seguiremos avanzando? ¡Claro! Hasta el final... ¿Y el pez? Permanecerá en la vida para hacernos más fuertes. Si vamos juntos tendremos más historias que narrar.

Terminó el acto, se alzaron los aplausos, los chicos mirando atónitos al público y a la maestra, que se dirigió al micrófono.

—Esta noche presenciaron el trabajo de grandes artistas; entre ellos, resalto al armador de la obra, quien plasmó el saber en magia: ¡Pablo Velásquez, segundo curso!

Pablo observó cómo su padre se paraba lleno de lágrimas, y sus manos ya no pegaban, sino que aplaudían... Junto a su padre, Pablo vio que se paraban las ganas, la alegría, la vida. El mantenerse parado ya no era una postura física de estar regañado siempre por la señorita Carmen, sino de enfrentar la vida sonriéndole al miedo, brindando líneas de palabras que se convertirían en libros.